

El Aljibe de la Alhambra de Granada: historia de la construcción

Juan Manuel Martín García

En el Alhambra de Granada tiene vuestra majestad un aljibe el mejor que se conoce en el mundo así en su edificio y capacidad como en hacer y conservar el agua tan fría que sirve por nieve y muy limpia y clara; el cual mandaron hacer los señores Reyes Católicos, de gloriosa memoria, luego que ganaron aquel Reino, así para regalo como para prevención de que sí en algún tiempo de necesidad o cerco faltase el agua, que entra en el Alhambra por una acequia tomada en el nacimiento del río Darro que viene por mas de legua y media guiada por el cerro que llaman de Santa Elena, hubiese en el dicho aljibe agua bastante para mucho tiempo y mucha gente que puede encerrarse en la dicha Alhambra.¹

Con estas palabras comienza la consulta hecha al rey Felipe III en 1605 en relación con la decisión de Fernando de Contreras, Teniente de alcaide de la Alhambra, de vender el agua del aljibe a los aguadores de Granada para que éstos, a su vez, la vendiesen en la ciudad con el consiguiente perjuicio para los vecinos, soldados y demás habitantes de la fortaleza nazarí que se veían, de este modo, limitados y obstaculizados en su derecho, común y sin interés, de abastecerse del líquido elemento que allí se acumulaba. En dicha protesta se avisaba, además, de los inconvenientes que la situación estaba creando. Por un lado, en relación con el propio aljibe, pues «es tanta el agua que se saca porque en todo el día hasta la media noche no dejan de sacar que se apura de manera que es menester llenarlos muchas veces con lo cual pierde el agua la frialdad, limpieza y asiento que hubiera si se llenara una sola vez cada año por

el mes de enero según se hacía de antes»;² por otro lado, «también es en desautoridad y daño de la fortaleza y casas reales de vuestra majestad, porque entran aguadores extranjeros y desconocidos, gente que pueden ser espías de enemigos y con esta ocasión reconocer el sitio y fortaleza y en muchas que se han ofrecido se les ha oído decir que a su costa y sudor se labra y repara la casa real y murallas del dicho Alhambra».³

No cabe duda, por lo que traducen los fragmentos recogidos en el párrafo anterior pertenecientes a un documento conservado en el Archivo de la Alhambra de Granada, que este aljibe era uno de los más importantes, sino el que más, de cuántos existían en la ciudad tanto de época musulmana, los más numerosos y singulares, como de cronología posterior.

EL ALJIBE COMO SISTEMA TRADICIONAL DE APROVISIONAMIENTO DE AGUA

La palabra aljibe, en árabe *al-yubb*, es sinónimo de cisterna o depósito, generalmente subterráneo, para el aprovisionamiento, almacenamiento y suministro del agua que se obtenía, o bien a partir de conductos que la traían desde fuentes o manantiales más o menos lejanos, o bien como resultado de la recogida de las aguas derivadas de las lluvias estacionales.

En muchos casos, sobre todo en aquellas regiones con importantes carencias de este elemento, ya fuese

por su situación geográfica o por sus condiciones climáticas, estos aljibes o cisternas recogían el agua procedente de estas dos vías de suministro asegurándose, de esta manera, las reservas para épocas de carestía o situaciones de peligro.

Así se confirma en el transcurso de la historia antigua y medieval de la Península Ibérica donde el problema del agua, en todas sus dimensiones, se resuelve a través de una serie de respuestas bastante afines que permiten hablar de una larga tradición hidráulica, continuada, en buena medida, con el inicio de los tiempos modernos y aún todavía en la época contemporánea.

Los aljibes, en este sentido, constituyen una de las expresiones más acabadas de una cultura, como la mediterránea, en la que el agua y su aprovechamiento representa todo un reto. No extraña, por tanto, que la ubicación, construcción y mantenimiento y conservación de estos aljibes se considerase un asunto prioritario del que en buena parte dependía la estabilidad y supervivencia de una parte de cualquier territorio. Como ha afirmado Basilio Pavón Maldonado, autor de un Tratado de Arquitectura Hispanomusulmana, «las contiendas entre musulmanes y cristianos en el Andalus tenían como primordial misión privar al sitiado del agua cuando ésta caía fuera de la jurisdicción de la fortaleza; bien elocuente en este sentido son las andanzas de los ejércitos cristianos en su lucha contra los musulmanes en la época almorávide, dedicándose, una vez que ganaron numerosas haciendas, a rapiñar las agudas . . . como paso previo a la toma de las fortalezas».⁴

Aunque sin olvidar nunca la fuerte presencia de la tradición de la ingeniería hidráulica romana en buena parte de la arquitectura del agua desarrollada en el mundo islámico, hay que reconocer que son los musulmanes los que en sus aspectos constructivos, técnicos y funcionales aportan un mayor número de novedades correspondiendo a ellos la sistematización de un tipo de estructuras de amplia difusión sobre todo en el ámbito hispánico como demuestra, por un lado, la larga nómina de aljibes hispanomusulmanes que todavía se conservan y, por otro lado, su peso específico en la construcción de aljibes en épocas posteriores siguiendo los programas hidráulicos tradicionales de la ingeniería hispanomusulmana. Este último sería el caso del aljibe cuyo estudio abordamos en esta comunicación gracias a la provisión de fuentes documentales y literarias que todavía se con-

servan en relación con él. Por ellas conocemos algunos datos de su constructor, del promotor de la obra y de sus posteriores vicisitudes históricas en relación, fundamentalmente, con su mantenimiento y con los diversos procesos, ya en nuestro tiempo, de recuperación como parte de las obras de estabilización, estudio y conservación del conjunto arquitectónico, urbanístico y monumental que representa la Alhambra de Granada. Todo ello permite presentarlo como el resultado de un notable legado histórico y arquitectónico de la vida y la cultura granadinas de la Edad Moderna.

Volviendo, de nuevo, a sus aspectos constructivos y también tipológicos, lo más interesante de estos aljibes de época musulmana y aún del periodo postnazarí o cristiano, como el que nosotros vamos a estudiar, sería la preferencia por estructuras de cierta complejidad arquitectónica en las que se evidencia una completa adaptación a la función hidráulica para las que fueron concebidas. Una complejidad que se resuelve, en planta, a través de aljibes de nave única y, sobre todo, de varias naves cuya disposición determina, por lo general, un particular sistema de cubriciones. Este sistema permite el establecimiento de una amplia clasificación tipológica de los aljibes aunque con un predominio de las bóvedas de medio cañón y de aristas que apoyan sobre pilares, arquerías o directamente sobre los muros que forman la cisterna.

El ladrillo será en ellos el principal material constructivo tanto para los muros como para las bóvedas y solerías, resultando, por el contrario, bastante escaso el empleo de la piedra u otro componente. Se completa su fisonomía con la instalación de brocales o bocas de entrada, situadas generalmente en superficie, para permitir el abastecimiento de agua empleando para ello cubos u otros ingenios hidráulicos parecidos. Prácticamente nada se puede decir en relación con una posible labor decorativa al entenderse que prevalece en ellos la funcionalidad y el utilitarismo y no tanto los detalles ornamentales que en la mayoría de los casos son totalmente inexistentes. Ni siquiera la costumbre de revestir los muros y a veces también las bóvedas de estuco de color rojizo responde a esta intención pues forma parte de las medidas que proporcionan al aljibe una mayor estanqueidad evitando, en lo posible, las fugas y pérdidas de agua por las grietas y fisuras que se producen en las uniones de los ladrillos que conforman su estructura.

LA CISTERNA DE LA PLAZA DE LOS ALJIBES DE LA ALHAMBRA DE GRANADA

En la Alhambra de Granada, entre el recinto militar de la Alcazaba y los Palacios Nazaríes y el del Emperador Carlos V se encuentra una de las primeras obras de arquitectura e ingeniería hidráulica de la nueva época que se inaugura en esta ciudad después de la reconquista por los Reyes Católicos del que había sido último bastión de la presencia musulmana en la Península Ibérica (fig. 1).

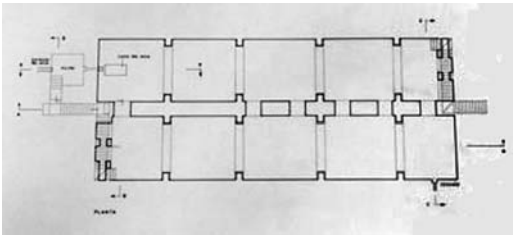


Figura 1
Planta del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Plano de Abelardo Alfonso Gallardo)

Esta obra, considerada por sus dimensiones y características, la más impresionante de todas las que hay en la propia Alhambra y en otros lugares de España fue construida para asegurar el suministro de agua no sólo en el recinto palatino sino también en la ciudad que se extiende a sus pies. Son muchos los datos que conocemos en relación con su construcción y su posterior evolución histórica gracias a la documentación que, en diversos formatos, ha llegado hasta nosotros. Nos proponemos, por tanto, una reconstrucción integral del mismo como testimonio, además, de uno de los elementos que mas caracterizan el paisaje urbano granadino, como ya han puesto de manifiesto otros autores en algunos de sus trabajos.⁵

Análisis y estudio tipológico

El aljibe (fig. 2), cuyo estudio presentamos a continuación, es una estructura de planta rectangular de 34 metros de longitud por 6 metros de ancho y apro-

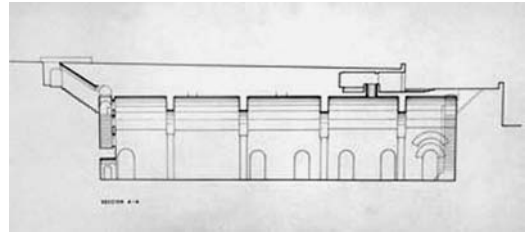


Figura 2
Sección del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Plano de Abelardo Alfonso Gallardo)

ximadamente 8 metros de altitud formado por dos naves cuya comunicación se realiza por medio de seis puertas de arcos semicirculares (fig. 3).



Figura 3
Arco de comunicación entre las dos naves del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife

En sus lados menores presenta dos cuerpos de escaleras de doble ángulo (fig. 4).

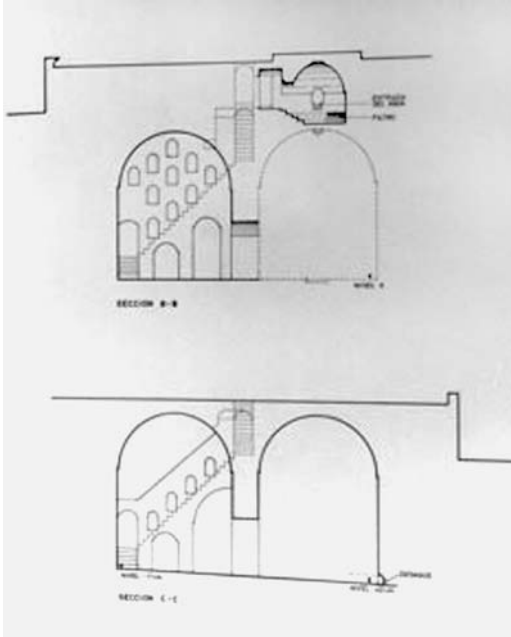


Figura 4
Sección de los dos cuerpos de escaleras del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Plano de Abelardo Alfonso Gallardo)

En uno de ellos, considerado como el de entrada, se localiza un pequeño receptáculo cubierto con una bóveda esquifada destinado a recoger el agua que desde allí pasa directamente al interior del aljibe (fig. 5). En el extremo opuesto se halla otra escalera totalmente inutilizada cuyas paredes están abiertas por medio de pequeños arquillos de medio punto para facilitar la comunicación del agua (fig. 6). La cubierta se realiza con bóvedas de cañón reforzadas por arcos fajones que apoyan sobre pilares dispuestos en los muros perimetrales y en el muro de separación de sus dos naves. En las claves de estas bóvedas había, antiguamente, lumbreras de forma circular que ahora se encuentran tapadas. La obra, de construcción bastan-

te sólida, está realizada toda ella en ladrillo cuyo «revestimiento de paredes y bóvedas era de estuco rojizo advirtiéndose en los encuentros de paredes y solearía los consabidos bocelillos algo aplanados. Siguiendo un hábito local de la ciudad la solearía debió ser de losetas de barro trabajadas en zigzag».⁶



Figura 5
Interior del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Foto: Javier Algarra, 1988)

Al exterior sólo es visible la boca de entrada ya que las alteraciones y modificaciones que ha sufrido esta zona prácticamente desde el siglo XVI hasta comienzos del XX ha transformado por completo su imagen original.

El aljibe tiene una capacidad máxima de acumulación de unos 1.632 metros cúbicos de agua convirtiéndose, como decíamos, en uno de los más grandes



Figura 6
Interior del Aljibe de la Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife (Foto: Javier Algarra, 1988)

de toda España lo que explica de forma clara la intención y objetivos que determinaron su construcción, es decir, disponer de un gran depósito que no sólo fuera capaz de asegurar el suministro de la propia Alhambra sino de una buena parte de la ciudad. Basta señalar que el aljibe más grande de la Granada islámica, el Aljibe del Rey aunque también conocido con los nombres de Aljibe Viejo o Aljibe Grande de la Alcazaba tiene una capacidad algo superior a los 300 metros cúbicos, resultando éste de la Alhambra cinco veces mayor que aquél, único del que por sus dimensiones se podía sacar agua para vender. Estamos, pues, ante una obra de carácter monumental que traduce, además, la nueva situación y sobre todo los renovados conceptos y mentalidad que llegan a Granada después de la Reconquista cristiana.

En cuanto a la fecha de su construcción pensamos que debió hacerse casi inmediatamente después de

haber entrado las tropas cristianas en la ciudad de la Alhambra. Y decimos esto a partir de la referencia que encontramos en el relato del *Viaje por España y Portugal* escrito por el médico y viajero alemán Jerónimo Münzer que en 1494, con motivo de una epidemia de peste en la ciudad de Nüremberg, emprende, acompañado de tres jóvenes hijos de ricos mercaderes alemanes, un largo itinerario que los trae hasta el Reino de Granada a donde llegan a mediados del mes de octubre de ese año. Entre las causas de este viaje el propio autor afirma que el emperador Maximiliano de Austria «lo había enviado para comprobar la transformación de España operada por los Reyes Católicos, pues de un reino en discordia y ruina habían llegado a crear otro en prosperidad y paz».⁷ De cualquier manera constituye, sobre todo en relación con su presencia en el recién reconquistado baluarte del Islam, un documento de decisiva importancia al ser uno de los primeros testimonios acerca del difícil proceso de incorporación de la ciudad y sus habitantes al nuevo orden de cosas que se había establecido.

Estando, pues, en Granada, una de sus visitas obligadas consistió en la subida a la Alhambra, seguramente atraído por lo que de nuevo ofrecía aquél conjunto en relación con lo que estaba acostumbrado a ver. Fueron recibidos por el conde de Tendilla, a quien más tarde volveremos a citar por ser el promotor de este aljibe, que en persona se encargó de mostrarles la fortaleza y sus principales estancias, llevándole a afirmar lo siguiente:

Hay en los palacios tanta belleza, con las cañerías de agua con tanto arte dirigidas por todos los sitios, que no se da nada más admirable. A través de un altísimo monte, el agua corriente es conducida por un canal y se distribuye por toda la fortaleza. Asimismo, el conde, noble caballero, al salir del alcázar, nos condujo a un aljibe, nuevo y cuadrado, tan grande como la Iglesia de San Sebald, que hizo construir en este mismo año, con gasto de diez mil ducados. Obra tan estupenda, que no se da más.⁸

Por tanto, según se desprende de lo anterior, habría que pensar en 1494 como la fecha de construcción de esta gran cisterna que a ojos del viajero alemán ya resultaba una obra extraordinaria por su tamaño y factura.

En cuanto a su funcionamiento y mantenimiento, la documentación existente al respecto nos dice que una vez al año, casi siempre durante el mes de enero,

se procedía a vaciarlo para limpiarlo en profundidad de cara a eliminar todas las impurezas, suciedades y verdín acumulado quedando listo de nuevo para empezar a recibir agua de la Acequia del Rey. Había, además, «una persona encargada de su cuidado y mantenimiento, teniendo preparados cubos, cuerdas y garruchas para sacar el agua, y que recibía una pequeña cantidad por cada carga de agua que sacaba».⁹ No obstante, en diversos momentos de su historia se buscó un mayor rendimiento económico del agua que en su interior se acumulaba dando lugar a quejas y consultas de las que existe abundante documentación.

El promotor de la obra: Iñigo López de Mendoza, el conde de Tendilla

El proceso de integración y afirmación del poder real sobre la ciudad musulmana que en 1492 había sido incorporada a los dominios de la corona castellana se llevó a cabo a través de una serie de actuaciones concretas que afectan a su estructura urbana. Entre esas actuaciones hay un espacio que no sólo escapó de la destrucción sino que además fue objeto de un gran respeto llevando a él las primeras medidas de una propuesta de tutela y protección de una gran herencia del pasado islámico de Granada. Nos referimos, indudablemente, al conjunto de la Alhambra, hacia el que los Reyes Católicos demostraron «un ferviente deseo de conservar . . . como testimonio de su victoria, como símbolo de cierta continuidad a ojos de los vencidos y por motivos de mera utilidad y seguridad. En este primer momento la Alhambra se convierte en un microcosmos autosuficiente y de alto valor simbólico, creando conjuntamente la sede de la Corte, la Capitanía General, la primera Catedral, el convento de franciscanos y un hospital, entre otras instituciones».¹⁰ Así se entienden algunas de las obras que se llevan a cabo en el recinto nazarí durante los primeros años después de la conquista. Actuaciones que tienen, por un lado, un alto componente ideológico en tanto que sirven para señalar el cambio de poder y, por otro lado, medidas destinadas a conservar y acondicionar un espacio de vital importancia.

Uno, posiblemente el que más, de los gestores de estas intervenciones en el monumento alhambrino en tiempos de los Reyes Católicos fue Iñigo López de Mendoza,¹¹ el segundo conde de Tendilla, a quién los

monarcas habían dejado al frente como alcaide de la Alhambra y Capitán General del Reino de Granada. Este noble, de origen alcarreño, aparece de este modo en el inicio de la historia de la Alhambra cristiana, tan importante como su anterior pasado islámico, y fundamental como nuevo paisaje representativo y visual de la monarquía hispánica desde el momento mismo en que todo el recinto quedó incorporado a la corona y mucho más a partir de 1526 con la decisión de Carlos V de levantar allí un gran palacio, considerado por muchos como una de las obras más notables del Renacimiento fuera de Italia.

En su correspondencia, y aún más en la de los propios monarcas, se señala la necesidad de reparar diversos tramos de la muralla que rodea el conjunto así como dependencias interiores del monumento para evitar el peligro de ruina que amenazaba a gran parte de él y hacerlo totalmente habitable. Debieron ser unos años de intensa actividad pues en ese tiempo, instalado el conde de Tendilla en uno de los palacios árabes que había convertido en su residencia, dirigió las obras de reforzamiento de puertas y murallas, la construcción de baluartes y torres y otras intervenciones de parecida envergadura. Todas ellas pueden ser analizadas tanto desde el punto de vista de una serie de medidas aplicadas con urgencia y con fines eminentemente utilitaristas y funcionales, como desde aquella otra dimensión simbólica que se apropia ahora de este espacio. Estabilización, admiración o instrumento de control y expresión de un nuevo orden de cosas, lo cierto es que la Alhambra acabaría constituyendo desde estos mismos momentos un símbolo de dos civilizaciones, la islámica y la cristiana unidas aquí, paradójicamente, como consecuencia de un acontecimiento, el del día dos de enero de 1492, que en lo demás supuso una frontera de separación y distanciamiento cada vez más irreconciliable.

En este panorama que acabamos de describir es donde hay que situar la construcción del aljibe de la Alhambra. En su intención, nos referimos al conde de Tendilla, y así lo demuestra su propia capacidad, estaría la de crear un gran depósito de agua como parte de las medidas de actuación en la fortaleza nazarí, concebida ahora con una dimensión que va más allá de la consideración que había tenido hasta entonces como ciudad palatina. La Alhambra, con jurisdicción propia a cuyo frente estaba el noble por mandato de los Reyes Católicos, se va a convertir en un espacio esencial

de la Granada cristiana de ahí que resultara conveniente fortalecer su estructura y asegurar su defensa. En unos años de difícil convivencia entre vencedores y vencidos y con el temor constante de un ataque de los turcos por el Mediterráneo o una posible sublevación de los moriscos que se habían quedado en el Reino de Granada después de las Capitulaciones, la preocupación por parte de las nuevas autoridades se fijó en la puesta en marcha de un completo y racional programa de recuperación y activación de los sistemas defensivos heredados de la Granada islámica. En dicho programa, y conscientes los cristianos del valor del agua, se entiende que una de las primeras medidas fuese asegurar las reservas y disponibilidad de este elemento, considerado esencial ante un eventual sitio o ataque por parte de los que todavía se veían como enemigos. Las obras, por tanto, de fortificación y acondicionamiento de este alcázar y de otros recintos del Reino de Granada debieron empezar muy pronto. Y entre ellas la construcción de aljibes o la reparación de los ya existentes cobraría una especial trascendencia. Precisamente, en la correspondencia de Íñigo López de Mendoza encontramos numerosas referencias que dejan constancia del valor otorgado a estas manifestaciones de la ingeniería hidráulica de tradición hispanomusulmana. No de otra manera ha de entenderse el contenido de una carta suya fechada en noviembre de 1505, dirigida al alcaide de Lanjarón, en la que le dice:

Yo he sabido que el aljibe desa fortaleza se a ydo y por que es cosa muy necesaria adobarse, segund en el lugar que está la fortaleza, yo os pido de graçia, que lo hagays adobar syn espera a que vaya obrero a verlo ni a pagarlo, que su alteza mandará que se os pague todo lo que en ello gastardes. Nuestro Señor vuestra persona guarde.¹²

Similares connotaciones tienen las cartas que desde julio de 1504 hasta finales de ese mismo año envía al alcaide de la localidad costera de Castell de Ferro (Granada) en relación con la construcción de un aljibe en su fortaleza como medida preventiva a raíz algunos altercados con la población árabe de la zona. Para ello, además de supervisar personalmente todo el proceso, enviaría, desde Granada, materiales, herramientas y hasta algunos maestros aljiberos que él tenía trabajando en la Alhambra.¹³ Uno de estos maestros sería, como ya veremos, el constructor del aljibe que procedemos a estudiar.

A iniciativa suya, por tanto, se debe la construcción del aljibe o cisterna más importante de la fortaleza y aún de toda la ciudad, ya que fue el conde de Tendilla, a quien los monarcas habían dejado al frente de la recién creada jurisdicción de la Alhambra, el que mandó hacer esta obra construida en un barranco, ahora inexistente, entre la alcazaba y el resto del recinto. Su realización, como venimos diciendo, respondía a fines eminentemente defensivos pues, con él, «la guarnición cristiana de la fortaleza de la colina roja quedaba en condiciones favorables para sufrir un asedio, en caso de corte de la acequia Real, que la cruza y provee de agua corriente».¹⁴ Como testimonio documental de su directa participación no sólo tenemos la constancia hecha por Jerónimo Münzer que al visitarlo en octubre de 1494 señala ser obra del conde a quien había costado diez mil ducados; también se declara su participación en el contenido de una losa o placa conmemorativa que en la actualidad está colocada al salir de la Puerta de la Justicia en dirección al interior del recinto alhambrino. Allí fue colocada en 1599 procedente, al parecer, de uno de los muros del aljibe de donde sería quitada con motivo de las obras de relleno que acabarían enterrando la estructura arquitectónica de ingeniería hidráulica. Se trata de una lápida de mármol blanco en la que se puede leer, en letras embutidas de plomo, lo siguiente:

LOS CATHOLICOS Y MUY PODOEROSOS SEÑORES DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL REY Y REYNA NUESTROS SEÑORES, CONQUISTARON POR GUERRA DE ARMAS ESTE REYNO Y CIUDAD DE GRANADA LA QUAL DESPUÉS DE HAVER TENIDO SUS ALTEZAS EN PERSONA SITIA DA MUCHO TIEMPO EL REY MORO MULEY HACEN LES ENTREGÓ CON SU ALHAMBRA Y OTRAS FUERÇAS A DOS DIAS DE ENERO DE MILL Y CCCXCII AÑOS. ESTE MISMO DIA SUS ALTEÇAS PUSIERON EN ELLA POR SU ALCAYDE Y CAPITAN A DON IÑIGO LOPEZ DE MENDOÇA, CONDE DE TENDILLA, SU VASALLO AL QUAL PARTIENDO SUS ALTEÇAS DE AQUÍ DEXARON EN LA DICHA ALHAMBRA CON QUINIENTOS CAVALLEROS E MIL PEONES, E A LOS MOROS MANDARON SUS ALTEÇAS QUEDAR EN SUS CASAS EN LA CIUDAD Y SUS ALCARIAS COMO PRIMERO ESTAVAN. ESTE DICHO CONDE POR MANDAMIENTO DE SUS ALTEÇAS HIZO HAZER ESTE ALGIBE.

El constructor: Francisco el Valençí

No resulta nada común, sobre todo en obras de este tipo en las que prevalece por encima de todo el carácter eminentemente funcional y nada propagandístico, que trasciendan los datos de los autores de estos aljibes. En nuestro caso tampoco existe un documento o una certificación absolutamente cierta que permita dar el nombre del maestro a quien el conde de Tendilla encargó la realización de esta obra. Sin embargo, sí podemos hacer algunas conjeturas que, con un posible margen de error, nos llevan a identificar al constructor de este gran depósito de agua cuyo origen estaba en la preocupación por parte de los primeros gobernantes de la Granada cristiana de asegurar el suministro de agua en cualquier tipo de condiciones fueran o no favorables. Esas conjeturas se apoyan en la existencia de una serie de cartas y documentos en los que aparece el nombre de un maestro aljibero vinculado a Iñigo López de Mendoza que, por el número de encargos recibidos de manos del propio conde así como por la consideración que obtiene en el círculo de obreros que trabajarían en las dependencias del monumento nazarí, bien podía haber sido el que en los primeros meses de 1494 acomete la construcción del gran aljibe de la Alhambra. Su nombre es Francisco Hernández, aunque en la documentación casi siempre aparece como Francisco el Valençí, de donde se deduce su posible origen levantino e incluso su condición de morisco por lo que debía estar muy familiarizado con la construcción de este tipo de obras tan características en la historia de la arquitectura y la ingeniería hispanomusulmana que tanta importancia prestó al agua y su aprovechamiento.

Las noticias que poseemos, totalmente documentadas, en relación con él y sus trabajos como alarife y aljibero abarcan desde 1504 a 1513. En todo ese tiempo aparece vinculado al conde de Tendilla y otros miembros de la aristocracia granadina de comienzos de la Edad Moderna. Así, las primeras referencias, ya citadas con anterioridad, lo sitúan trabajando a finales de 1504 en Castell de Ferro con motivo de la construcción allí de un aljibe para la fortaleza de esta localidad. El castillo ha sido objeto de un estudio analítico y documental¹⁵ que permite conocer las características tipológicas de esta obra e incluso ponerla en relación con el aljibe de la Alhambra ya que entre los dos existen bastantes coinciden-

cias, lo que vendría, por cierto, a apoyar la autoría del Valençí en la obra de la Alhambra.¹⁶

A finales de esa primera década del siglo XVI, concretamente el 7 de febrero de 1509 firma un contrato de obra junto con el albañil Juan de Rojas por el que los dos se comprometen a hacer ciertas obras en un baño¹⁷ cerca de la que fue Casa de la Moneda,¹⁸ entre las que se incluían solar con ladrillos nazaríes de tres dedos la sala de en medio.¹⁹ Ese mismo año haría también, aunque según parece muy a pesar suya, el aljibe que hay debajo del patio del Castillo-palacio de la Calahorra (Granada). La fama de tirano y mal pagador que se había ganado Rodrigo de Vivar y Mendoza, marqués del Cenete y señor de aquel castillo, cuyo interior es uno de los primeros palacios del Renacimiento en España, se traduce en los recelos de los maestros y artistas que el conde de Tendilla envió allí para trabajar en sus obras tal y como demuestran algunas de las cartas que se cruzan entre ambos personajes:

Illustre señor . . . Enbio al Valençí que va con mucho reçelo de aca, que yo le he amenazado y tenido preso, y dalla, que unos ofiçiales que an venido dicen que vuestra merced anda sobrellos con un garrote y que otro trae un paje. Y que les mandais, señor, un día labrar en su destajo y otros quatro a jornal, y que les deven mucho de lo que no les an dado recabdo para labrar. Asi questo, señor, estorba que Miguell Sánchez no ha ido y porque quiere que le envíen primero el asiento que con el se hizo, a lo menos el traslado de manera que haga fe, el qual dize questá en poder de Lorenzo Vazquez. Y que, pareciendo aquel, con una carta que vuestra merced me escriba a mi, que sera bien tratado, ira. El Valençí dize él que un capellan de vuestra merced le dio licencia hasta el lunes primero, yo, señor, hagole ir luego porque no me muestra questo sea verdad . . .²⁰

En 1511, según consta en uno de los protocolos del Archivo del Ilustre Colegio Notarial de Granada, firma con Juan de Rojas un contrato para realizar ciertas obras de albañilería en las casas del comendador Diego Pérez²¹ y en 1513 se compromete a hacer un aljibe para Iñigo López de Mendoza en Valhermoso de Tajuña, pueblo perteneciente a su señorío de Tendilla (Guadalajara). Es con motivo de este encargo cuando se produce un incidente entre el promotor y el maestro aljibero, pues como afirma el propio conde en una carta suya dirigida a Alonso Venegas al que pide que obligara al Valençí a salir de Vélez Má-

laga, adonde parece que se había marchado, y regresar a Granada, le dice:

Muy virtuoso señor primo. Francisco el Valençí, albañir, maestro de hazer algibes vecino desa çibdad, esta obligado de me acabar un algibe que tengo comenzado por su mano en mi villa de Valhermoso y he sabido que es ido a esa tierra agora que viene el tiempo de illo a buscar. Y porque desavezidarse de Granada y irse allá no es buena señal y yo tengo necesidad de le enviar luego a acabar el dicho algibe, pidos de merced que luego me lo enbiese aquí con persona que lo traya a mucho recabado de la gente y traición y venga con él sobreaviso, porque no le burle en el camino . . . Lo peor es que hablo conmigo y me pidio licencia y no ge la quinos dar y fuese teniendo dineros adelantados reçevidos. Y por esto sospecho que va con mal pensamiento.²²

No obstante, el propio conde reconocía sus cualidades en este oficio al afirmar en una ocasión estar «tan atado a este que pienso que no ay otro en el mundo que sepa de aquello nada».²³ Tal es así que en 1513 aparece incluido junto con otros carpinteros y albañiles para que quedara exento del pago del servicio o impuesto de la farda al que estaban obligados los árabes y judíos en los reinos cristianos.²⁴ Tal exención se justifica por su condición de maestro de la Casa Real de la Alhambra a la que pudo haber estado vinculado desde el mismo momento, si es que definitivamente fue él su constructor, que hizo para el alcaide de aquella fortaleza y Capital General de aquel Reino el aljibe que con el paso del tiempo ha dado nombre a una gran plaza situada entre la Alcazaba y el Palacio de Carlos V de Granada.

Todavía, en 1517, según Manuel Gómez-Moreno (1925) haría el Valençí el aljibe del castillo que Pedro Fajardo mandó construir en su villa de Vélez Blanco (Almería) aunque de esto ya no tenemos información, entre otras cosas por haber fallecido el conde de Tendilla un par de años antes.

EL ALJIBE DE LA ALHAMBRA: HISTORIA DE LA CONSTRUCCIÓN

La Plaza de los Aljibes, en su estado actual [se refiere el autor de la cita a mediados de la década de los cincuenta del pasado siglo XX], es el resultado de una serie de episodios catastróficos, imposiciones de técnica castrense, caprichos y abandonos, que convirtieron su solar en un gran vertedero en el que, siglo tras siglo, se acumularon

sin medida toda clase de escombros y despojos. Para contenerlos fue preciso elevar una y otra vez el adarve de la muralla, como si levantaran la presa de un pantano. Así se formó la Plaza de los Aljibes. Cuando los escritores y viajeros románticos visitaron la Alhambra, esa plaza estaba convertida en una polvorienta explanada, con casitas pintorescas y enormes y abigarrados toldos, a cuyo amparo se cobijaban, bajo su sombra, juegos, aguaduchos y tiendecillas, con ese aire que debió de tener la Alhambra de comienzos del siglo XIX, mitad campamento de soldados, mitad barrio de gitanos.²⁵

Este es, pues, el lugar bajo el cual se encuentra la gran cisterna construida en 1494 con la intención de garantizar el suministro de agua a los cada vez más numerosos habitantes de la Alhambra de Granada. El paraje, como acabamos de señalar, ha sido objeto de una profunda y radical transformación a lo largo de los siglos, unas veces como consecuencia del abandono y despreocupación por la zona y otras como resultado de medidas de pretendida restauración. Lo cierto es que, en ambos casos, dichas actuaciones han tenido un efecto más o menos notable sobre la edificación hidráulica más grande de toda Granada y una de las más interesantes de España.

Con anterioridad, en la época en la que Granada era símbolo de la presencia musulmana en la Península Ibérica, este espacio era una gran barranquera abierta que quedaba limitada por la Alcazaba, la entrada a la zona palatina y dos lienzos de muralla construidos en época de Yusuf I formando, de este modo, una especie de plaza en declive que hacía todavía más noble el acceso a la residencia de los reyes granadinos.

Será en los primeros años después de la conquista de la ciudad y sobre todo con motivo de la construcción del Palacio de Carlos V cuando las alteraciones aquí se hacen más radicales y visibles. Uno de los cambios más significativos, precisamente, sería la construcción del propio aljibe, a la que siguieron otras medidas que iban a culminar con el primer intento por explanar el espacio existente entre el recinto militar y el palaciego quedando bajo él, a finales del siglo XVI, el propio aljibe y otras edificaciones que habían ido rellenándose con escombros y materiales procedentes de las obras que se estaban llevando a cabo en el gran palacio renacentista. Esta práctica de vaciado de derribos, piedras y otros materiales no dejó de continuarse prácticamente hasta comienzos del siglo XX de tal manera que como afirma Ber-

múdez Pareja «la Puerta del Vino [situada muy cerca de donde se encuentra el aljibe], que durante toda la Edad Media dominaba gallardamente el conjunto desde la altura, comenzó a quedar hundida y con ella las demás construcciones perdieron también su gracia y majestad. El zócalo del banco de la fachada del Palacio de Carlos V, por ejemplo, quedó enterrado...».²⁶

No extraña, por tanto, que desde el siglo XVIII y sobre todo en el siglo XIX esta zona, sometida a continuas explanaciones llegara a constituir una especie de gran plaza, nada acondicionada por cierto, en la que con frecuencia se reunían los habitantes y moradores de la Alhambra a la llamada de los tenderetes y mercados que en ella se instalaba o con motivo de las ferias y fiestas, como las que había cuando se conmemoraba la Toma de Granada en los primeros días del mes de enero y en la celebración de otras festividades esencialmente religiosas. Consta, pues, que debió ser el escenario más idóneo para actividades como el juego de la Pelota²⁷ (fig. 7) y sobre todo para las corridas de toros, mucho más atractivas y más del gusto de los que vivían en la Alhambra y fuera de ella.²⁸

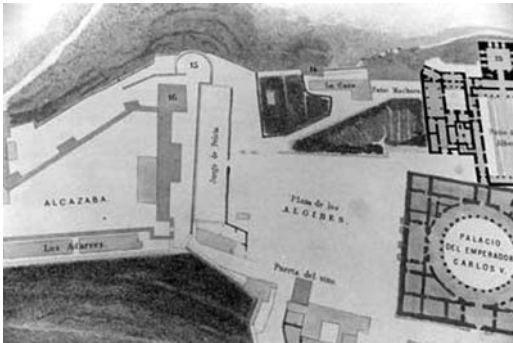


Figura 7
Plaza de los Aljibes en la Alhambra de Granada. Plano del Archivo Central del Patronato de la Alhambra y el Generalife

Entretanto, el aljibe que estaría en activo sería objeto de una atención más o menos cuidada para asegurar su correcto funcionamiento. Así lo confirman los numerosos autos y oficios sobre arreglos y man-

tenimiento del mismo que existen en el Archivo de la Alhambra, como el que se refiere a las obras hechas en él en 1838 cuando al limpiarlo «se había notado desprendida una parte de la nave que los divide, con motivo del transcurso del tiempo y flotación de las aguas lo que le ha apremiado a su recomposición para que no falte agua en esta fortaleza cuya obra ascenderá a poco más de mil reales...».²⁹ De mayor envergadura habían sido, ocho años antes, las obras, reconocimiento y excavación que condujeron al descubrimiento de la segunda escalera del aljibe, aquella que, como señalábamos al describir sus aspectos técnicos y tipológicos, venía estando inutilizada prácticamente desde el principio de su historia constructiva. El auto que se siguió de dicho reconocimiento concluyó con la declaración de José de Salas, Antonio Agustín y Salvador Redondo, peritos de albañilería y fontanería del Real Patrimonio, que dijeron:

haber visto y reconocido la escalera de los aljibes que está sin uso y encuentran que está tapada con sillares de piedra en seco y tierra planada su superficie, pero toda ella está en buen estado hasta el plan de los mismos aljibes en la propia forma que la otra escalera, y concretándose a informar sobre los particulares que se les procura se deben manifestar que no se causa perjuicio a los aljibes en que estén abiertas sendas escaleras, pues en ello se les daría un desahogo a los gases que allí se congelan con las luces y aliento del concurso que entra en ello cuando se enseñan al público y se evitaría lo que algunos años ha sucedido de meterse algunas personas malintencionadas en la escalera oculta a ensuciarse en perjuicio del aseo y limpieza del agua que entra después en dichos aljibes...³⁰

Volviendo de nuevo al entorno que rodea, o mejor dicho envuelve, el aljibe de la Alhambra, será ya en los comienzos del siglo XX cuando se ponen en marcha las primeras medidas de adecentamiento y dignificación de ese espacio que con el paso del tiempo había sido objeto de abandono y acumulación de escombros. Algunas de esas medidas no hicieron nada por evitar la situación, más bien disimularla y en aras de una sobre valoración del efecto paisajista toda la zona se llenó de jardines y árboles que poco o ningún sentido tienen en el marco arquitectónico y monumental donde se instalaron. Más tarde aparecerán los responsables de un definitivo cambio de imagen y de una regeneración del entorno. Fueron ellos el archi-

tecto Modesto Cendoya, al que corresponde la recuperación de lo que conocemos como Jardines o Patio de Machuca, el también arquitecto Leopoldo Torres Balbás, que en los años que estuvo al frente de las obras de conservación y restauración de la Alhambra también dedicó algunos esfuerzos a la zona de la Plaza de los Aljibes, Francisco Prieto Moreno o Jesús Bermúdez Pareja, que será, finalmente, a mediados de los años cincuenta, el que proceda a la excavación de toda la zona contribuyendo, con los demás, como ha afirmado Antonio Gallego y Burín en su *Guía de Granada* a salvar «a la Alhambra de la ruina, conservando este monumento con la dignidad debida a su significación artística e histórica».³¹

NOTAS

1. A.A. Leg. L-238-4. *Aljibes de la Alhambra. Petición para que no se venda el agua de los aljibes a aguadores.*
2. A.A. Leg. L-238-4. *Aljibes de la Alhambra. Petición para que no se venda el agua de los aljibes a aguadores.*
3. A.A. Leg. L-238-4. *Aljibes de la Alhambra. Petición para que no se venda el agua de los aljibes a aguadores.*
4. Pavón Maldonado 1990, I: 15
5. Henríquez de Jorquera [1934] 1987; Gómez-Moreno [1892] 1994; Gallego y Burín [1946] 1991; Rodrigo (1983); Orihuela Uzal y Vílchez Vílchez 1991; Pavón Maldonado 1990
6. Pavón Maldonado 1990, I: 50
7. Camacho Evangelista 1987, 12
8. Camacho Evangelista 1987, 39
9. Viñes Millet 1982, 155
10. Gómez-Moreno Calera 2003, 47
11. Martín García 2003
12. zmolka Clarés 1996, II: 533
13. En tres de las cartas que forman su registro epistolar encontramos indicaciones muy precisas que no sólo dicen mucho de la gestión del conde de Tendilla sino también su interés por este tipo de obras. En una de ellas, fechada en Canafate el 5 de julio de 1504, afirma: «Quando party de Granada dexé concertado que fuese el Valençí y su hijo a hazer el aljibe, creo que allá estarán. Lo que se les an de dar es de comer y sesenta maravedís cada día a cada vno. Oy torno yo a Granada y sy no hallare que son ydos luego les haré que se partan para ally, y asy haré todas las otras cosas que a vos tocaren de buena voluntad» (Szmolka Clarés 1996, I: 67). En otra, enviada ya desde la Alhambra de Granada el último día del mes de julio de ese mismo año, vuelve a decir: «Allá os enbió a Francisco el Valençí para adobar el aljibe de esa fortaleza al qual se le dio vn ducado para dexar en su casa y se le pagó una acémila para en que fuese él y llevase sus herramientas, désele recabdo de todo lo que ovieren menester, y su padre avía de yr también con él y porque está malo que no pudo yr, se quedó, por éste daré recabado desta...» (Szmolka Clarés 1996, I: 92). Por último, todavía el 22 de noviembre de 1504 vuelve a escribir al alcaide de Castell de Ferro en relación co el mismo asunto: «Reçebí vuestra carta, y a lo que decís de los maestros aljiberos, el alcayde tyene concertado con ellos que partan para allá el lunes que viene y llevarán los atanores y lo que fuere menester de acá, y nuestro Señor vuestra persona guarde» (Smolka Clarés 1996, I: 185). No sabemos hasta cuándo se demorarían las obras del aljibe de Castell pero lo que no cabe duda es que la intención del conde de Tendilla era su realización como parte de la voluntad manifestada por los Reyes Católicos y por él mismo de reparar, conservar y acometer las obras que fuesen necesarias para facilitar la rápida incorporación de las ciudades y territorios conquistados a un nuevo ritmo y estado de vida.
14. Torres Balbás 1982, 200
15. Martín García 1984
16. Según el autor de la monografía dedicada al castillo y torres almenaras de esta población de la costa granadina, «el aljibe está formado por dos estancias, separadas entre sí por cinco arcos de medio punto de ladrillo de una rosca . . . , teniendo todos una misma línea de arranque, apoyados en pilares también de ladrillos . . . La sala mayor, de medidas interiores 5,80 x 2,60 m, se cubre con bóveda de cañón rebajada . . . La otra estancia, de medidas 5,80 x 0,80 m, tiene apariencia de pasillo y se cubre con bóveda de cañón del mismo material y espesor que la anterior . . . Ambas estancias se encuentran separadas por sus cuatro lados del resto de la torre por muros de hormigón, en perfecto estado de conservación, en los que apoyan las mencionadas bóvedas de ladrillo, que se hicieron precisos construir para evitar las filtraciones de agua . . . Todo el conjunto del aljibe forma un rectángulo de 6,90 x 5,30 m . . . , en buen estado de conservación, estando sólo derruidas dos zonas de la bóveda de la sala grande y un agujero en la pequeña, siendo imposible medir su altura debido a los escombros acumulados en su interior» (Martín García 1984, 78).
17. Por las referencias y el lugar bien podría tratarse de «los baños árabes, llamados en el s. XV del Yawza, el Nogal (hammam a-yawza) y, luego, también, de Palacios y de la puerta de Guadix. Su construcción parece datar del s. XI y son, sin duda, de los más viejos, importantes y completos baños públicos árabes conserva-

- dos en España y de las obras más antiguas de la Granada musulmana» (Gallego y Burín [1946] 1991, 341–344).
18. La Casa de la Moneda fue instalada en tiempos de los Reyes Católicos, y hasta su demolición en 1843, en el edificio que se había construido en la época de Muhammad V (1365–1367) como Hospital de locos e inocentes.
 19. Gila Medina 2000, 521
 20. Meneses García 1973, I: 588–589
 21. Gila Medina 2000, 522
 22. Meneses García 1973, II: 175
 23. Meneses García 1973, II: 184
 24. Meneses García 1973, II: 285; 587–588
 25. Bermúdez Pareja 1955, 436
 26. Bermúdez Pareja 1955, 450
 27. Dice al respecto Cristina Viñes Millet que «situado éste frente a la cortina de muralla de la Torre del Homenaje, en la plaza que separaba la Alcazaba de los Palacios reales, debía ser muy popular entre los habitantes de la Fortaleza por las veces que con distintos motivos se le cita en los documentos o se le nombra como punto de referencia» (Viñes Millet 1982, 205–206).
 28. En el Archivo de la Alhambra se conserva amplia documentación en buena parte de los legajos correspondientes a las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del siguiente en relación con la utilización de la Plaza de los Aljibes como escenario taurino y todo lo que ello generaba.
 29. A.A. Leg. L-228 año 1838. *Oficio sobre arreglo de la nave de los aljibes de la Alhambra*.
 30. A.A. Leg. L-275-3. *Auto sobre haberse hecho una excavación para descubrir la segunda escalera de los aljibes*.
 31. Gallego y Burín [1946] 1991, 61

LISTA DE REFERENCIAS

- Bermúdez Pareja, Jesús. 1955. «Excavaciones en la Plaza de los Aljibes de la Alhambra.» *Al-Andalus*, 20: 436–452.
- Camacho Evangelista, Fermín. 1987. *Jerónimo Münzer. Viaje por España y Portugal: Reino de Granada*. Granada: Ediciones TAT.
- Gallego y Burín, Antonio. [1946] 1991. *Granada. Guía artística e histórica de la ciudad*. 8ª ed. Granada: Comares.
- Gila Medina, Lázaro. 2000. *Maestros de cantería y albañilería en la Granada moderna: según los escribanos de la ciudad*. Granada: Ilustre Colegio Notarial.
- Gómez-Moreno Calera, José Manuel. 2003. «Arte y cultura: la forja de una nueva imagen.» En *Isabel la Católica y Granada. V Centenario*. Granada: Ideal, 45–47.
- Gómez-Moreno, Manuel. 1892. *Guía de Granada*. Granada: Imprenta de Indalecio Ventura (facs. Ed. Granada: Universidad, 1994).
- Gómez-Moreno, Manuel. 1925. «Sobre el Renacimiento en Castilla. Notas para un discurso preliminar. I. Hacia Lorenzo Vázquez.» *Archivo Español de Arte y Arqueología*, I: 1–40.
- Henríquez de Jorquera, Francisco. 1934. *Anales de Granada: descripción del reino y ciudad de Granada, crónica de la Reconquista (1482–1492), sucesos de los años 1588 a 1646*. Granada: Imprenta de Paulino Ventura Traveset. (facs. Ed. Granada: Universidad y Excma. Diputación, 1987).
- Martín García, Mariano. 1984. *Castell de Ferro. Su castillo y torres almenaras. Datos para su historia*. Granada: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Granada.
- Martín García, Juan Manuel. 2003. *Iñigo López de Mendoza. El Conde de Tendilla*. Granada: Comares.
- Meneses García, Emilio. 1973. *Correspondencia del Conde de Tendilla (1508–1513)*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Orihuela Uzal, Antonio y Vílchez Vílchez, Carlos. 1991. *Aljibes públicos de la Granada islámica*. Granada: Ayuntamiento.
- Pavón Maldonado, Basilio. 1990. *Tratado de arquitectura hispanomusulmana. I: Agua*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Rodrigo, Antonina. 1983. *Los aljibes del Albaicín*. Madrid: Azur.
- Szmolka Clarés, José. 1996. *Epistolario del Conde de Tendilla (1504-1506)*. Granada: Universidad.
- Torres Balbás, Leopoldo. 1982. «Los Reyes Católicos en la Alhambra.» en *Obra dispersa. Crónica de la España musulmana*, 4. Madrid: Instituto de España, 185–205.
- Viñes Millet, Cristina. 1982. *La Alhambra de Granada. Tres siglos de historia*. Granada: Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.